Sin ayuda de la gracia no podremos cumplir los mandamientos

1. Mientras estamos luchando, Dios nos está mirando; si ve que nos faltan las fuerzas vendrá inmediatamente en nuestro auxilio, pero sólo si se lo pedimos... Como El no nos ayude, no solamente no podremos vencer, sino que ni luchar nos será posible siquiera (Sm. 156).

2. Se nos ordena la continencia: *Sé continente.* Es una orden; un mandato; hay que escucharlo y cumplirlo; pero, si Dios no nos ayuda, quedamos como antes. Intentamos hacer algo con nuestra voluntad; la voluntad se esfuerza en ello; no presuma poder si no recibe ayuda... Es cierto que está mandado: *Sé continente.* Escucha otro texto de la Escritura: *Y sabiendo,* dice, *que nadie puede ser continente si Dios no se lo concede..., me acerqué al Señor y se lo pedí.* Pero, ¿qué necesidad tenemos de acumular textos? Cualquier cosa que se nos mande, hay que orar para poder cumplirla. Pero no de manera que con eso ya podamos desentendernos del asunto, y, como perezosos, tumbados boca arriba, digamos: "Haga Dios llover los alimentos sobre nuestras bocas"; y sin querer hacer absolutamente nada, cuando los alimentos hayan llovido sobre nosotros, digamos: "Que Dios nos los engulla también". También nosotros debemos hacer algo. Debemos ocuparnos en ello, debemos intentarlo y, en la medida en que aún no hayamos podido, orarle. Al darle gracias, evitas el ser condenado por ingrato; mas cuando pides lo que aún no has podido, evitas el quedarte vacío, porque tú no te bastas *(Serm. 348 A).*

3. El precepto de Dios no es tiránico... Dios manda lo que se puede hacer, y El mismo da el poder hacer a los que pueden hacer y hacen. Y a los que no pueden, les aconseja y manda que pidan para poder *(Cont. Jul. lib. 3, c. 76).*

4. La Ley se ha dado para impetrar la gracia, y la gracia se da para cumplir la Ley *(De Spir. el Lit. 19).*

5. (Si alguien dijera que es injusto mandar a un cojo que ande bien), se le responde que ciertamente se le puede mandar a un hombre que ande bien, si cuando ve que no puede, le ofrece el remedio, que es la gracia de Dios, que nos ha merecido Jesucristo, gracia interior que se nos da para curar la cojera del pecado *(De Perf. Yust. Hom. 3).*

Hay que pedir la ayuda de la gracia

6. ¿Quién dirá que desea lo que de tal modo se halla a su alcance, que pueda hacerlo sin que nadie le ayude? Luego, si el hombre desea tener lo que Dios le manda, ha de rogar a Dios que le dé lo que El manda. ¿Y de quién ha de desearse sino de aquel por el cual, *como Padre de las luces, desciende toda dádiva buena y todo don perfecto,* conforme lo atestigua la Escritura?

Respecto a aquellos que piensan que Dios únicamente nos ayuda a conocer sus preceptos, para que una vez conocidos, ya sin la ayuda de la gracia de Dios los cumplamos con las solas fuerzas de nuestro querer, entiendan, que no se pide la ayuda, sino después de haber conocido los mandamientos. Como si dijese: "Ya he conocido la Ley; ya la conozco, porque tú ordenaste que fuesen guardados con demasía tus mandamientos, y tus preceptos son santos, justos y buenos; pero el pecado me causa la muerte, a no ser que me ayudes con tu gracia..." *(In Sal. 118 s. 4).*

Sólo debemos confiar en la gracia que alcanzamos por la oración

7. Aquellos versículos del salmo, donde dice: *Ojalá sean enderezados mis caminos para guardar tus justificantes; entonces no seré confundido al mirar todos tus mandamientos...*, se da a entender la audacia del libre albedrío cuando se apropia de lo que se debe esperar de la gracia... El corazón de los miembros del Cuerpo de Cristo, se hace inmaculado con la gracia de Dios, que se comunica por su Cabeza, nuestro Señor Jesucristo, mediante el bautismo de la regeneración, en el que se borran todos nuestros

pecados por la ayuda del Espíritu, con el que luchamos contra la carne para no ser vencidos, y por la eficacia de la oración dominical, en la que decimos: *Perdónanos nuestras deudas.* Así, pues, habiéndosenos dado la regeneración, siendo ayudados en el combate y habiéndonos postrado en oración, nuestro corazón se hace inmaculado para que no seamos confundidos, porque también esto pertenece a las justificaciones de Dios, ya que entre sus preceptos se manda: *Perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará (Narraciones in Sal. 118, c. 19).*

8. Verdad es que el hombre ahora con solas sus fuerzas y con la gracia ordinaria y común que a todos es concedida, no puede observar algunos mandamientos; pero tiene en su mano la oración y con ella podrá alcanzar la fuerza mayor que necesita para poder guardarlos... Dios no manda cosas imposibles; pero cuando manda te exhorta a hacer lo que puedes y a pedir lo que no puedes, y entonces te ayuda para que lo puedas... Veamos, por tanto, qué es lo que puede y qué es lo que no puede: Lo que por enfermedad o vicio del alma no puede hacer, podrá hacerlo con la medicina, que es la oración (De natura et gratia, lib. 1).

Sería temeraria insensatez pensar que por una parte nos impuso el Señor la observancia de su divina ley, y por otra, que fuera esa ley imposible de cumplir... Cuando el Señor nos da a entender que no somos capaces de guardar todos sus mandamientos, nos mueve a hacer las cosas fáciles con la gracia ordinaria que pone siempre a nuestra disposición; para hacer las más difíciles nos ofrece una gracia mayor que podemos alcanzar con la oración...

Y ¿por qué nos manda lo que no podemos hacer? Nos manda algunas cosas que no podemos hacer, para que por aquí entendamos qué cosas son las que le tenemos que pedir *(De natura et gratia,* 69; *De gratia et libero arbitrio).*

9. Tratamos con un Dios que es infinito poder y riqueza sin límites; no le pidamos cosas ruines y mezquinas, sino cosas muy altas y grandes *(In Sal. 62).*

10. ¿Será Dios tan vil engañador que nos prometa sacarnos con bien de los peligros, si se lo pedimos, y luego nos deje solos y abandonados cuando acudimos a El? No, no es Dios ruin burlador que se ofrece con sus palabras a sostenernos, y luego retira el hombro cuando queremos apoyarnos en El *(De eruditione principum, lib. 2).*

Sólo podremos vencer con la ayuda de Dios

11. Dios le impuso al hombre una ley y le amenaza con castigarlo si la infringe... Dios, siendo justo, no pudo poner una ley al hombre si por naturaleza era malo. Dios que es justo, impuso una ley al hombre; luego es evidente que podía cumplir lo que Dios, justísimo, le mandó; porque es claro que, si no tuviera fuerza para obedecer, no existiría en el que manda, razón para mandar... La justicia de Dios solamente se puede imponer a súbditos que sabe pueden cumplirla...

En el Paraíso, el hombre fue creado bueno y recibió un mandato para enseñarnos que, para una criatura racional, la obediencia, si no es la única, sí es virtud principal. Infringió el hombre este mandato y se hizo él mismo malo; y pudo por sí mismo malearse, pero no puede sanarse. Dios, en su sabiduría, se reservó elegir tiempo oportuno y lugar conveniente para promulgar, más tarde, una ley para el hombre maleado: no para corregirlo, sino para que comprendiera su degradación e impotencia en que se encontraba para corregirse por la ley; y viendo el hombre que sus pecados, lejos de disminuir, aumentaban bajo la ley, triturado su orgullo y conducido por las sendas de la humildad, implorarse el auxilio de la gracia y fuese por el espíritu vivificado...

Escrito está: *"Si el Hijo de Dios os libra, seréis verdaderamente libres"*. Y esto fue dicho no solamente a causa de los pecados pasados, de los que hemos sido liberados por el perdón, sino también, por la ayuda de la gracia que recibimos para no pecar. Es decir: nos hacemos libres cuando Dios encamina nuestros pasos para que la iniquidad no nos domine.

Testigo es la oración dominical: En ella pedimos a Dios *perdón de nuestras deudas*, a causa de los pecados cometidos; pero también le pedimos que *no nos deje caer en la tentación*, para que no obremos mal. Por eso dice también el Apóstol: *Oramos por vosotros para que no hagáis nada malo* (2 Cor. 13, 7). Si tuviese el hombre en sí mismo la fuerza..., no la pediría, porque él mismo la traduciría en actos. Pero, después de aquella caída primitiva que nos precipitó en la miseria de esta mortalidad, quiere Dios que luchemos antes, otorgándonos ser conducidos por el Espíritu para mortificar las obras de la carne, posibilitándonos la victoria por nuestro Señor Jesucristo para gozar con El en el reino de la paz.

Sin el auxilio de Dios, nadie es capaz de luchar contra sus vicios; se rendirá antes de empezar a combatir o sucumbirá en la lucha. Por tanto, en este combate, quiere Dios que luchemos y oremos, no confiando en nuestras fuerzas; porque estas fuerzas es El quien las otorga cuando le invocamos... *(Rep. a Jul. I. 6).*

No podemos nada sin la gracia

12. No se engañen, pues, quienes dicen: "¿A qué nos vienen con sermones y mandatos para que evitemos el mal y hagamos el bien, si no somos nosotros, sino Dios, el autor de nuestros deseos y de la ejecución de la obra?"

Antes bien, entiendan, si son hijos de Dios, que son movidos por el Espíritu del Señor para hacer lo que hacen; y después de obrar, den gracias al que les dio fuerza para ello. Son movidos ciertamente para obrar, pero no de modo que ellos nada pongan de su parte; y con este fin se les descubre lo que han de hacer, para que, cuando ejecuten lo que deben hacer con amor y gusto de la justicia, se alegren de haber recibido la suavidad que les dio el Señor para que la tierra de sus corazones diese su fruto. Y cuando no obran, ora absteniéndose de toda obra buena, ora haciéndola sin gusto, rueguen para que se les conceda lo que les falta. Pues nada han de poseer que no sea de regalo y nada poseen que no lo hayan recibido *(De la Corrección y de la Gracia, 2).*

Hay gracias que Dios solamente las da a quien se las pide

13. Hay algunos que no rezan o rezan sin fervor, porque saben, según dijo Nuestro Señor Jesucristo, que Dios conoce perfectamente lo que necesitamos antes de que se lo pidamos. Entonces, ¿habrá que abandonar esta verdad (de que es necesario orar) o borrarla del Evangelio? ¡Todo lo contrario!, pues nos consta que Dios Nuestro Señor da unas cosas sin que las pidamos, como el *initium fidei,* y otras solamente las da a los que se las piden, como la perseverancia final. Ahora que el que cree que la perseverancia es de su propia cosecha, naturalmente no reza para que se la den.

Por consiguiente, hay que tener mucho cuidado, no sea que por temor a que la exhortación induzca a la tibieza se apague la oración y se encienda la presunción y la soberbia *(Del Don de la Perseverancia, XVI, 39).*

Dios no manda cosas imposibles de cumplir

14. Aplaudo, sin embargo, lo que (Pelagio) dice: "Dios, tan bueno como justo, hizo al hombre capaz de mantenerse en la inocencia si él hubiera querido". En efecto, ¿quién no sabe que fue creado sano e inocente y dotado de libre albedrío y capaz de vivir en la justicia? Mas ahora se trata de aquel a quien los ladrones dejaron medio muerto en el camino y que, herido y traspasado con graves lesiones, no puede ya subir a la cima de la justicia como pudo descender de ella: el cual, si es recogido en el mesón, allí es atendido y medicinado.

No manda, pues, Dios cosas imposibles; pero al imponer un precepto te amonesta que hagas lo que está a tu alcance y pidas lo que no puedes.

Veamos, pues, qué es lo que puede o no puede... Ciertamente no es fruto de la voluntad la justicia del hombre en cuanto procede de su condición natural, mas con la medicina de la gracia podrá conseguir lo que no puede por causa del vicio *(De la Naturaleza y de la Gracia, XLIII, 50).*

Los preceptos son muy buenos si sabemos cumplirlos fielmente. Y pues creemos que Dios es justo y no puede imponer preceptos imposibles, se nos avisa qué hemos de hacer en las cosas fáciles y qué pedir en las dificultosas. Porque todo resulta fácil para la caridad; y a ella sola es ligera la carga de Cristo, o ella únicamente es la carga ligera.

Está escrito: *Y sus mandamientos no son pesados (1 Jn. 5, 3).* Si alguien, pues, los tiene por pesados, considere que si el divino oráculo los ha declarado *no pesados,* es porque El puede infundirnos el amor con que se aligeran, y pida lo necesario para cumplirlos... Son difíciles para el temor y fáciles para el amor *(De la Naturaleza y de la Gracia, 69).*

15. Los pelagianos creen saber algo de mucha importancia cuando dicen "que Dios no manda lo que sabe que no puede cumplir el hombre". ¿Quién ignora esto? Mas precisamente por eso ordena Dios algunas cosas que no podemos cumplir, para que sepamos lo que debemos pedir. Es una misma la fe que por la oración impetra lo que la ley manda...

Entonces, ¿por qué clamamos al Señor?... Es indudable que, si queremos, podemos cumplir lo ordenado. Mas como nuestra voluntad ha de ser por Dios preparada, razón es que tanta voluntad le pidamos, cuanta sea suficiente, para que queriendo cumplamos.

Cierto que queremos cuando queremos; pero aquél hace que queramos el bien, del que fue dicho: *La voluntad es preparada por el Señor, y Dios ordena los pasos del hombre, guía y sostiene al que va por buen camino, y Dios es el que obra en vosotros el querer.* Sin duda que nosotros obramos cuando obramos; pero El hace que obremos al dar fuerzas eficacísimas a la voluntad, como lo dijo: *Haré que viváis en mis justificaciones y que observéis y cumpláis mis preceptos (De la Gracia y del libre albedrío, 16).*

16. No quiso Dios que los santos, ni aun con motivo de su perseverancia en el bien, se gloriasen de sus propias fuerzas, sino en El únicamente, pues no sólo les da una ayuda..., sin la cual no pueden perseverar, sino que en ellos obra el querer; y

puesto que si les faltara el poder y el querer, no podrían perseverar, la divina Bondad los socorre con la gracia, dándoles la facultad y la voluntad de perseverar. Al hallarse su voluntad inflamada por el fuego del Espíritu Santo, pueden porque quieren y quieren porque influye eficazmente Dios en su voluntad.

Si en esta vida tan llena de flaquezas se les abandonara a su albedrío... y no obrase Dios en ellos el querer, entre tantas y tan graves tentaciones, su voluntad desmayaría y no podría perseverar, porque, vencida por la flaqueza, sólo tendría deseos débiles e incapaces de obrar *(De la Corrección y de la Gracia, c. 12).*

La oración..., medio para conseguir la gracia

17. Pidamos, pues, que nos dé Dios lo que nos manda tener. Nos manda que tengamos lo que aún no tenemos para advertirnos de lo que hemos de pedir; así, al ver que podemos cumplir lo que El nos mandó, entendamos de dónde hemos recibido el poder; no sea que, hinchados y engreídos, ignoremos los dones que nos otorgó... Y Dios nos manda que seamos sabios y continentes, pues sin esos dones no podemos ser justos ni perfectos. Pero oremos para que el que nos amonesta con su mandato y vocación lo que debemos querer, nos dé con su ayuda e inspiración eso que nos manda. Oremos para que nos conserve lo que ya nos dio y oremos para que supla lo que aún no nos dio. Oremos y demos gracias por lo que ya recibimos y confiemos en que hemos de recibir lo que aún no hemos recibido, pues no somos ingratos a lo ya recibido *(De Bono Vid, 17, 21).*

18. Pero aquí los adversarios se ven descubiertos en todo cuanto ellos se quieren ocultar, porque están demostrando cómo combaten contra la gracia o misericordia de Dios, que es lo que deseamos cuando decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,* o: *No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal* (Mt. 6, 10 y 13). Porque, ¿para qué pedimos en la oración todo esto con tanto gemido, si depende del hombre, que quiere y que corre, y no *de Dios, que tiene misericordia?* (Rom. 9, 16). No porque esto se cumpla sin nuestra voluntad, sino porque la

voluntad no cumple lo que se propone sin la ayuda divina. Esta es la fe sana, que nos hace orar: buscar para encontrar; pedir para recibir; llamar para que nos abran. El que se rebela contra ella cierra contra sí mismo la puerta de la misericordia divina *(de perfect. iust hom. 19, 40).*

19. Me obligan a hacer esas advertencias ciertos tratadillos vitandos y detestandos que por los oídos han empezado a deslizarse en el alma de muchos. Sus autores, hay que decirlo con lágrimas en los ojos, enemigos de la gracia de Cristo, pretenden persuadirnos que no es necesaria la oración para no caer en la tentación. Quieren exaltar la libertad humana tanto, que con ella podemos cumplir lo que nos manda Dios, aunque El no nos ayude con su gracia. De donde se sigue que en vano dijo el Señor: *Vigilad y orad para no caer en tentación* (Mt. 26, 41). Si depende de nuestra facultad el no ser superados por la tentación, ¿por qué hemos de orar para no caer en ella? *(de bono vid,* 17, 21).

20. Luego, si el hombre desea tener lo que Dios manda, ha de rogar a Dios que le dé lo que El manda (*in Ps.* 118, s. 4, 2).

21. *Abrí mi boca, y aspiré, porque deseaba tus mandamientos* (Ps. 118, 131). ¿Qué deseaba? Cumplir los mandamientos divinos. Pero, no pudiendo hacer cosas fuertes el débil, ni grandes el pequeño, abrió su boca, confesando que él por sí mismo no las haría, y aspiró para hacerlas. Abrió su boca pidiendo, buscando, llamando y, sediento, bebió el Espíritu bueno para cumplir el mandamiento santo, justo y bueno, que no podía cumplir por sí mismo. *Si nosotros, siendo malos, damos cosas buenas a nuestros hijos, ¿cuánto más nuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden?* Pues no son hijos de Dios los que obran por su propio espíritu, sino todos aquellos que obran por el Espíritu de Dios. Y esto no porque ellos no obren, sino porque, no haciendo nada bueno de suyo, son movidos por el buen Espíritu para que lo hagan, pues tanto más se hace cada uno hijo bueno cuanto con más

abundancia se le da por el Padre el Espíritu bueno (*in Ps.* 118, s. 27, 4).

... Para evitar el pecado y superar las tentaciones

22. No faltan quienes presumen tanto de las fuerzas del libre albedrío de la voluntad humana, que niegan la necesidad de la ayuda divina para evitar el pecado después que se ha dotado a nuestra naturaleza del arbitrio libre del querer. De donde resulta esta consecuencia: no debemos orar para que no entremos en tentación, esto es, para que no nos venza la tentación, ya cuando nos engaña y nos coge desprevenidos, ya cuando nos asalta y asedia nuestra flaqueza. No hay palabras para ponderar cuán dañosa es esta doctrina y cuán perjudicial y contraria a nuestra salvación, que está en Cristo, y cuánto se opone a la misma religión en que estamos instruidos, y a la piedad con que veneramos a Dios, el no pedir al Señor los beneficios que hemos de recibir de El *(de peccat mer et rem* II, 2, 2).

23. La oración dominical nos exhorta a pedir ambas cosas, a saber, que se nos perdonen las deudas contraídas y no nos deje caer en la tentación; lo primero atañe al perdón de las culpas pasadas; lo segundo mira a evitarlas en el futuro. Y aunque esto no se logre sin el concurso de la voluntad, con todo, no basta ella para conseguirlo. He aquí por qué nuestra oración dirigida a Dios no es superflua ni irreverente *(De natura gratia* 18, 20).

24. Precisamente pedimos que no nos deje caer en la tentación para que eso no suceda, y si somos oídos, ciertamente no sucede, porque Dios no permite que suceda, ya que nada se hace sino lo que El hace o permite que se haga. Poderoso es Dios para doblegar las voluntades del mal al bien y a las inclinadas al mal convertirlas y dirigirlas por caminos de su agrado, por lo que no en balde se dice: *¡Oh, Dios!, convirtiéndonos Tú nos vivificarás* (Ps 84, 7); tampoco se le dice inútilmente: *No permitas que vacilen nuestros pies* (Ps 65, 9); ni aquello de *No me entregues a mi*

pecador deseo (Ps 139, 9), finalmente, para no cansarnos...: *No nos dejes caer en la tentación* (Mt. 6, 13). Pues a quien no se le deja caer en la tentación, sin duda no se le deja caer en la tentación de su mala voluntad, y si no se le deja caer en ésta, en ninguna se le deja caer *(de dono pers* 6, 12).

25. No hay que dudar que podía darnos esto sin pedírselo, pero quiso que nuestra misma oración nos revelara a quién debíamos estos beneficios. ¿De quién sino de aquél a quien se nos mandó que se lo pidamos? *(de dono pers* 7, 15).

26. Dios no es cruel; por el contrario, se nos encomienda, lo cual nos conviene para que, desfallecidos, le roguemos y al socorrernos le amemos *(in Ps* 106, 9).

27. Por lo tanto, cuando empieces a sentir cansancio en tu lucha contra los deseos de la carne, camina en el espíritu, invoca al Espíritu, busca el don de Dios. Y si la ley residente en los miembros se opone a la ley de tu mente desde la parte inferior, es decir, desde la carne, teniéndote cautivo bajo la ley del pecado, también esto será enmendado y se contará entre los haberes del vencedor. Tú grita solamente, tú invoca. *Conviene orar siempre y no desfallecer* (Lc 18, 1). Invoca sí, invoca ayuda. *Aún estarás tú hablando* —dice—, *y yo ya estaré presente* (Is 58, 9). Recapacita a continuación y escucha a quien dice a tu alma: *Yo soy tu salvación* (Ps 34, 3). Por lo tanto, cuando la ley de la carne comience a oponerse a la ley de tu mente y a llevarte cautivo en la ley del pecado que reside en tus miembros, pronuncia esta oración y confesión: *Desdichado de mí.* ¿Qué otra cosa es el hombre? *¿Qué es el hombre, si no te acuerdas de él?* (Ps 8, 5). Di: *Desdichado de mí,* pues si no hubiese venido el Hijo del hombre, hubiese perecido el hombre. En tus apuros exclama: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* En él la ley residente en mis miembros se opone a la ley de mi mente. *Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior. ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* Si dices esto con fe y humildad, con toda certeza y verdad se te responderá: *La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor* (Rom. 7, 22-25) (*serm* 163, 12, 12).

28. Si ora el hombre para arrojar un demonio ajeno, ¡cuánto más ha de orar para expulsar su propia avaricia! ¡Cuánto más para expulsar su violencia! ¡Cuánto más para expulsar su lujuria y su impureza! ¡Cuántas cosas hay en un hombre que, de perseverar en él, le cerrarán las puertas del reino de los cielos! (*serm* 80, 3).

29. Los mismos justos tienen necesidad de la oración, porque, aunque su alma esté sometida a Dios, la razón no impera perfectamente a los vicios en esta vida mortal y en este cuerpo corruptible que infecta el alma. Aunque mande, nunca lo hace sin combate y sin resistencia por parte de las pasiones. Y siempre es verdad que aun al más fuerte luchador y dominador de tales enemigos en este valle de flaqueza se le entromete algo que, si no le hace pecar con fácil obra, sí lo hace con hábil locución o con pensamiento inconstante. Por eso, mientras se impera a las pasiones, no hay paz perfecta, porque las que resisten se debaten en peligrosa pelea, y las vencidas aún no tienen asegurada la victoria, sino que requieren todavía una vigilante opresión (*de civ Dei* XIX, 27).

30. Dios quiere dar, pero sólo da al que pide, para no dar al que no quiere recibir. Dios no quiere ser despertado por tu importunidad, pues cuando oras no molestas al que está dormido, ya que *no dormirá ni dormitará el que guarda a Israel* (Ps 102, 4) (*in Ps* 102, 10).

31. Dios es testigo no sólo de tus palabras, pero también de tus pensamientos. Si con sinceridad y con fe pides algo a tan gran Señor, cree que lo recibes de aquél a quien pides; no quieras honrarlo con la boca y anteponerte a El en tu corazón creyendo que es cosa tuya propia aquello mismo que finges pedir. O ¿es que no le pedimos a El esta perseverancia? Al que esto diga, ya no tengo que refutarlo con mis razones, sino abrumarlo y convencerle con los testimonios y afirmaciones de los santos. ¿Hay, acaso, alguno de éstos que no pida continuamente a Dios la perseverancia, cuando al recibir la oración

dominical no se hace otra cosa que pedir dicha dádiva divina? (*de dono pers* 2, 3).

32. La oración te advierte que necesitas la ayuda de tu Señor, para que no pongas en ti mismo la esperanza del buen vivir. No oras para recibir riquezas u honores del presente siglo o logros de vanidad humana, sino para no caer en la tentación. Si el hombre se lo pudiese dar a sí mismo con la voluntad, no lo pediría en la plegaria. Si bastase la voluntad, tampoco oraríamos. Está bien, pues, que queramos, pero oremos para lograr lo que queremos, cuando por un don de Dios tenemos un recto entendimiento. Y, pues, recibiste ese don, da gracias por él. Porque ¿qué tienes que no hayas recibido, Si lo recibiste, cuida de no gloriarte como si no lo hubieses recibido, esto es, como si lo hubieses podido lograr de ti mismo. Sabiendo de quién lo recibiste, pídele que te lo perfeccione, pues El te permitió comenzar. Trabaja en tu salvación con temor y temblor, pues Dios es el que obra en ti el querer y el consumar según la buena voluntad. Porque el Señor prepara la voluntad y dirige los pasos del homre, y entonces éste quiere su camino. Este santo pensamiento te mantendrá, para que tu sabiduría sea piedad, es decir, para que seas bueno por obra de Dios y no ingrato a la gracia de Cristo (*ep* 218, 3).

33. Dios nuestro Señor ha querido que le pidamos el no caer en la tentación, porque si no caemos, de ningún modo nos separaremos de El. No hay que dudar que podía darnos esto sin pedírselo, pero quiso que nuestra misma oración nos revelara a quién debíamos estos beneficios. ¿De quién sino de Aquél a quien se nos mandó que se lo pidamos? Por consiguiente, no tiene la Iglesia en esta cuestión que hacer difíciles indagaciones y sí solamente atender a sus oraciones. Ora la Iglesia a fin de que los incrédulos crean, y Dios los convierte a la fe; ora para que los fieles creyentes perseveren, y Dios da la perseverancia final (*de dono pers* 7, 15).

34. Si no oráis, no tendréis esperanza. Si oráis de distinto modo que enseñó el Maestro, no seréis oídos. Si mentís en la

oración, no suplicáis. Luego se ha de orar y se ha de decir verdad; y ha de orarse como Dios enseñó. Quieras o no, todos los días has de decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Lc 11, 4). ¿Quieres decirlo lleno de confianza? Haz lo que dice (*in Ps* 103, s. 1, 19).

35. A veces tarda el Señor en concedernos sus gracias, pero no las niega. Retrasa sus dones para que los deseemos con más ardor. Pide, busca, insiste: pidiendo y buscando aumenta el deseo para que lo recibas con más gusto. El Señor te reserva lo que no quiere darte en seguida, para que aprendas a desear mucho las cosas grandes. Por ello conviene orar constantemente y no cansarse nunca (Cat. Aurea, I).

II. LA ORACION PERSEVERANTE

Sed constantes en la oración, advierte San Agustín a sus monjes (Regula 3, 1). *Y es que tenemos una necesidad grande de orar, y orar "sin desfallecer"; primero, porque la oración frecuente y reiterada es más sentida, y, segundo, porque, entre sus contenidos, existe una serie de bienes indispensables para la salvación que el cristitano debe pedir, una y otra vez, con toda insistencia. La importunidad y la instancia son requisitos ineludibles de la actitud orante. Al creyente, que vive de la fe, en la esperanza y caridad de Dios, Cristo le recomienda la perseverancia en las peticiones hasta lograr lo que se pide. Conviene a este respecto imitar la conducta de la mujer cananea, que, esperanzada y humilde, persevera en su empeño de oración a pesar del aparente rechazo por parte de Cristo* (serm 77, 1; in Ps 58, s. 1, 15; sermo M al 26, 3; serm Morin 4, 4). *Dios no desdeña al que pide, sino que prueba al que busca. Cuando dilata la concesión de sus beneficios, ejercita el deseo y ensancha la caridad de los suplicantes "para que, como fuego avivado por el soplo, se inflame con mayor vigor"* (in Ps 87, 14). *Por eso, San Agustín insta a los cristianos que sean exigentes y reiterativos en sus peticiones. La perseverancia en la oración dilata el espíritu para desear y pedir grandes cosas.*

Mientras el hombre peregrina y está en este mundo debe orar insistentemente y sin descanso, a ejemplo de aquella mujer del evangelio, cuya conducta nos alecciona para que no desfallezcamos en la oración, pues pidiendo y buscando se acrecienta el deseo de pedir y se obtiene el exigido crecimiento para recibir el don de Dios (serm 61, 6).

Mientras estemos aquí, oremos

36. Aunque el Señor nos haya prohibido el mucho hablar, puede causar extrañeza el que nos haya exhortado a orar, siendo así que conoce nuestras necesidades antes de que las expongamos. Dijo en efecto: *Es preciso orar siempre y no desfallecer* (Lc 18, 1), aduciendo el ejemplo de cierta viuda: a fuerza de interpelaciones se hizo escuchar por un juez inicuo, que, aunque no se dejaba mover por la justicia o misericordia, se sintió abrumado por el cansancio. De ahí tomó Jesús pie para advertirnos que el Señor, justo y misericordioso, mientras oremos sin interrupción, nos ha de escuchar con absoluta certeza, pues un juez inicuo o impío no pudo resistir la continua insistencia de la viuda (*ep* 130, 8, 15).

37. Dice también el Evangelio: Un hombre a cuya casa había llegado un huésped, *se acercó a la de un amigo, y comenzó a llamar y a decir: "Me ha llegado un huésped, préstame tres panes". El le respondió: "Estoy ya descansando y también mis siervos conmigo".* No cesa, sigue allí en pie, insiste, llama; como amigo mendiga de un amigo. ¿Y qué dice Jesús? *En verdad os digo que se levantará y le dará cuantos panes quiera, pero no por la amistad, sino por la molestia* (Lc 11, 5-15). ¿Qué quiere decir *por la molestia?* Porque no deja de llamar y, aun habiéndoselo negado no se aleja. Quien no quería dar los panes, hizo lo que se le pedía porque el otro no se cansó de pedir. ¿Con cuánta mayor razón nos dará quien nos exhorta a pedir y es bueno; más aún, aquél a quien desagrada el que no pidamos? (*serm* 61, 5, 6).

38. Llama con tu oración al Señor mismo con quien descansa su familia, pide, insiste. No necesita ser vencido por la

importunidad, como el amigo aquel, para levantarse y darte. El quiere dar. Si llamando aún no has recibido nada, sigue llamando, pues desea dar. Difiere el dar lo que desea dar para que al diferirlo lo desees más ardientemente (*serm* 105, 3, 3).

39. Mientras estemos aquí, pidamos a Dios que no aparte de nosotros nuestra oración y su misericordia, es decir, que oremos con perseverancia y que se compadezca continuamente de nosotros. Muchos languidecen en la oración. En el comienzo de su conversión oran con fervor, pero después lo hacen lánguida, fría, negligentemente; lo hacen como si estuviesen seguros. El enemigo vigila, tú duermes. El mismo Señor dice en el Evangelio que *conviene orar siempre y nunca desfallecer...* Luego no desfallezcamos en la oración. Lo que ha de conceder, Dios no lo niega, aunque lo difiera. Estando seguros de la promesa, no desfallezcamos en la oración, pues también esto es igualmente don suyo (*in Ps* 65, 24).

40. Si te socorriera al instante, no experimentarías la lucha; si no la experimentares, te ensoberbecerías como si se debiese a tus fuerzas, y, a causa de esa soberbia, nunca llegarías a la victoria. Está escrito: *Aún estarás tú hablando y ya te habré dicho: "Heme aquí"*. (Is 58, 9).

Pero Dios está presente aun cuando retarda la ayuda, y porque la retarda está retardándola, no sea que satisfaciendo un deseo precipitado, no procure la curación completa (*serm* 163, 7, 7).

A ejemplo de la mujer cananea

41. Ya conocéis por el Evangelio, hermanos, cómo la mujer cananea con su perseverancia alcanzó lo que no pudo lograr al pedirlo una vez. El Señor, al diferir, ejercitaba su deseo, no negaba el beneficio. Sabía hasta dónde llegaría ella pidiendo, pues El mismo la instruía para eso. Primero la llamó perro, y después dijo: —*Oh, mujer, qué grande es tu fe!* (Mt 15, 28). Reci-

bido el beneficio, se marchó gozosa; primero fue cambiada y después alegrada. ¿Hasta qué punto cambiada? De perro pasó a mujer. ¿Y qué clase de mujer? Mujer de gran fe. Paso de gigante el suyo; ¡cuánto progreso en un momento! Por eso se hacía rogar el Señor, quien mandó *orar siempre y no desfallecer*... Eso hizo la cananea: pidió, buscó, llamó, recibió. Ella lo hacía para que su hija fuese liberada del demonio, y lo logró: la hija quedó curada desde aquel punto. ¿Acaso, una vez curada la hija, iba a volver a pedir? Buscaba, pedía, llamaba hasta recibir: recibió, se regocijó y se marchó. Y no sé lo que es, o mejor, sé que es gran cosa aquello por lo que es necesario orar siempre sin desfallecer. Más que la salud de una hija es la inmortalidad de la vida. Esto es lo que conviene pedir siempre hasta el fin, mientras se vive aquí, hasta que se viva sin fin donde ya no hay petición, sino exultación (*serm Morin* 16, 1).

42. Esta mujer cananea nos ofrece un ejemplo de humildad y un camino de piedad. Nos enseña a subir desde la humildad a la altura... Ella gritaba, ansiosa de obtener el beneficio, y llamaba con fuerza; él disimulaba, no para negar la misericordia, sino para estimular el deseo, y no sólo para acrecentar el deseo, sino también, como antes dije, para recomendar la humildad. Clamaba, pues, ella al Señor, que no escuchaba, pero que planeaba en silencio lo que iba a ejecutar (*serm* 77, 1).

43. Así nos enseña a buscar para que encontremos; a pedir, para que recibamos; a llamar, para que nos abran. ¿Por qué entonces el Señor se negaba a dar lo que le pedían? ¿Acaso carecía de misericordia? No, pero quien difería el conceder, sabía cuándo había que conceder; no negaba su propio beneficio, sino que ejercitaba el deseo del orante (*serm Guelf.* 33, 1).

44. ¿Qué nos enseñan todas estas cosas sino que, cuando lo que pedimos a Dios es cosa buena, hemos de perseverar en la oración hasta que la recibamos, con el deseo de quien suspira por ella? Pues Dios difiere el dar a quienes le piden para ejercitarlos en el deseo (*serm Morin* 4, 6).

45. Aquel que no quería levantarse a dar los panes, hizo lo que se le pedía porque el otro no cesó de pedir. ¿Con cuánta mayor razón nos dará quien nos exhorta a pedir y es bueno; más aún, aquel a quien desagrada que no le pidamos? Si a veces tarda en dar, encarece sus dones, no los niega. La consecución de algo largamente deseado resulta más dulce; en cambio, lo que se nos da de inmediato, no se aprecia tanto. Pide, busca, insiste. Pidiendo y deseando te capacitas para recibir. Dios te reserva lo que no te quiere dar de inmediato para que aprendas a desear vivamente las cosas grandes. Por tanto, *conviene orar siempre y no desfallecer.* (Ibíd).

Pidamos la buena voluntad

46. ¿Qué nos enseñan estas cosas sino que, cuando lo que pedimos a Dios es cosa buena, hemos de perseverar en la oración hasta que la recibamos, con el deseo de quien suspira por ella? Con grandes gemidos debemos pedir la vida eterna; para aquí una vida santa, y para después la vida eterna, pues también debes pedir a Dios la vida santa, que El ayude tu voluntad. Si no te ayuda, estás perdido y comenzarás a ser conducido prisionero según el dicho del Apóstol: "*¡Desdichado de mí!, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? —La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.*

Dos cosas hemos de pedir con toda seguridad: aquí, la vida santa; para el futuro, la vida eterna. Desconocemos si las restantes cosas nos serán útiles o no (*Serm* 154 A).

47. *Graba en tus oídos, Señor, mi oración.* Gran deseo del que ora. *Graba en tus oídos, Señor, mi oración,* es decir, no se aparte mi oración de tus oídos; imprímela en ellos. ¿Cómo la habrá de proferir para esculpirla en los oídos de Dios? Hable Dios y nos diga: ¿Quieres que yo grabe tu oración en mis oídos? Imprime tú mi ley en tu corazón. *¡Oh, Señor! Graba en tus oídos mi oración, y atiende a la voz de mi plegaria.*

En el día de mi tribulación clamé a ti, porque me oíste. La razón de haberme oído fue porque clamé a ti en el día de mi tribulación. Poco antes había dicho *Clamé todo el día,* continuamente soy atribulado. Luego ningún cristiano diga que hay día en el cual no es atribulado. Por todo el día entendemos todo el tiempo... (BAC, XXI, 231).

48. Recordad que se acercó un necesitado a la casa de un amigo y le pidió tres panes. Mas él, estando ya acostado, según consigna el Evangelio, le respondía y decía: *Ya estoy acostado y mis criados están dentro conmigo durmiendo.* Pero el necesitado, perseverando en la petición, consiguió con la importunidad lo que no pudo conseguir con la amistad. Por el contrario, Dios quiere dar, pero sólo da al que pide, para no dar al que no quiere recibir (In Sal. 102, 10).

La cananea

49. Ella suplica y oye que se le dice: *No es bueno quitar el pan de los hijos y arrojárselo a los perros.* La llamó perro porque pedía con vehemencia. Si ella se hubiera ofendido al oír tal palabra salida de la boca de la Verdad y que sonaba como insulto, y, recibida la injuria se hubiese largado murmurando en su corazón: "Vine a pedir un favor. Si se me concede, que se me conceda. Pero si no se me concede, ¿por qué soy perro? ¿Qué hice de mal al pedir, al venir a suplicar un favor?... Sabía a quién pedía el favor. Aceptó lo que salió de la boca del Señor, no lo rechazó y aun insistió más vehemente en su petición, reconociendo ser lo que había escuchado. Dice, en efecto: *Así es, Señor,* es decir, has dicho la verdad: soy un perro. Puesto que El había dicho que el pan era para los hijos, le pareció poco reconocer que era un perro. Confesó que eran señores suyos aquellos a quienes El había llamado hijos. *No está bien,* dijo, *quitar el pan de los hijos y arrojárselo a los perros.* Y ella respondió: *Así, es Señor; pero también los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus señores.* ¿Qué estáis viendo,

hermanos? Pidió con insistencia, buscó con tenacidad, llamó por largo tiempo. En consecuencia, puesto que pidió, buscó y llamó, ya no es un perro. No da ahora el Señor lo santo al perro. Ella mostró no ser perro porque buscó y llamó con afecto... La había llamado perro el mismo que había ordenado: *No deis lo santo a los perros.* ¿Por qué le quitó el ultraje del que había sido autor, sino porque al aceptarlo ella fue transformada por la humildad, y, al confesar ser lo que había oído, dejó de serlo?

¿Qué es lo que dije: que confesó ser lo que había escuchado y dejó de serlo? Caso idéntico al de aquel publicano que estaba en el templo. El fariseo, jactándose de sus méritos, insultaba a quien se mantenía alejado reconociéndose pecador... Sí, reconociéndose pecador, es justificado; reconociéndose tal, dejó de serlo. ¿Por qué? *Porque todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado (Lc. 18, 14)* (Serm. 60 A).

50. Te doy un consejo sobre cómo obtener ganancias. Aprende a ser comerciante. ¿Aplaudes al comerciante que vende plomo y adquiere oro y no alabas al que da dinero y adquiere justicia?... ¿De quién la vas a obtener sino de Dios, fuente de la justicia? Por tanto, si quieres poseer la justicia, sé mendigo de Dios, quien poco ha, mediante las palabras del Evangelio, te exhortaba a que pidieras, buscaras, llamaras. El sabía que eras su mendigo, y como padre de familia enormemente rico en riquezas espirituales y eternas, te exhorta y te dice: Pide, busca, llama. *Quien pide, recibe; el que busca, encuentra, a quien llama, se le abre.* Pues quien te exhorta a que pidas; ¿va a negarte lo que le pides?... *(Serm. 61).*

Ella es nuestro único refugio

51. Tan pronto como te empieces a sentir cansado en la lucha contra las concupiscencias de la carne, empieza a caminar guiado por el Espíritu, empieza a invocarle, empieza a buscar sin descanso el don de Dios. Y si la ley que hay en tus miembros

combate a la ley de tu espíritu, y te cautiva por la carne, bajo la ley del pecado, no pierdas la esperanza, porque esta esclavitud pasará y será reemplazada por la victoria. Tú, limítate a clamar y no ceses de invocar el auxilio de Dios... (Sm. 163).

Como enfermo que busca al médico

52. Ved, hermanos, cómo se busca un médico para la salud corporal; cómo, si alguien enferma hasta perder la esperanza, pierde la vergüenza y no siente reparos en arrojarse a los pies de un médico muy experto y lavar con las lágrimas sus huellas. Y si le dijera el médico: "No puedo sanarte más que cortando, cauterizando y sajando", ¿qué le contestará? Su respuesta será: "Haz lo que quieras; lo único que te pido es que me sanes". ¡Con qué ardor desea la salud pasajera de unos pocos días, hasta el punto de que por ella acepta ser vedado, sajado, y cauterizado privarse de comer lo que le agrada y de beber lo que le gusta! Se sufre todo esto para poder alargar la vida un poco y morir algo más tarde, ¡y no se quiere sufrir para conseguir la vida eterna y no morir jamás!

Si te dijera Dios, que es el médico celeste que cuida de nosotros: "¿Quieres sanar?", ¿qué le dirías tú sino: "Quiero"? Pero quizá no se lo dices porque te crees sano. He aquí la peor enfermedad.

Imagínate ahora dos enfermos: uno que con lágrimas pide el médico y otro que en su enfermedad, perdida la mente, se ría de él. El médico, a la vez que da esperanza a quien llora, llora por el que se ríe. ¿Por qué, sino porque su enfermedad es tanto más peligrosa cuanto que se considera sano? (Serm. 80).

Solamente la oración nos puede salvar

53. Cuando (el pecador) clama desde el abismo (del pecado), se eleva del abismo, y el mismo clamor (de la oración) no le permite permanecer por mucho tiempo en él. En un abismo

profundísimo se hallan (los pecadores) como dice la Escritura: *El pecador, cuando ha llegado al profundo de los males, desprecia, no hace caso.* Ved, hermanos, qué abismo sea aquel en que se desprecia a Dios... Pero nuestro Señor Jesucristo, que no despreció nuestros (males) profundos, que se dignó venir hasta esta vida de la tierra, prometiendo la remisión de todos los pecados, también excitó al hombre desde el profundo para que clamase desde allí bajo la mole de sus pecados y llegara su voz hasta Dios. Y ¿de dónde había de salir la voz del (pecador) que clama sino del profundo de los males? (Jn Sal. 129, 8).

III. DE LA CONFIANZA EN LA ORACION

Sostienen los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, que así como el mérito de la oración está en la caridad; sin embargo, su maravillosa eficacia está en la fe y en la confianza.

Estas son las maravillosas promesas del Señor: "Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; quien busca, halla; y a quien llama, se le abre" (Mt. 7, 7-8). Y concluye San Agustín: "Cierto que no nos invitaría tanto a que le pidamos, si no nos quisiera dar lo que le pedimos. Avergüéncese la pereza humana, que es mayor el deseo que tiene el Señor de darnos sus beneficios, que el que tenemos nosotros de recibirlos" (Serm. 29). Mayores ganas tiene El de darnos sus gracias, que nosotros de obtenerlas; más quiere El enriquecernos con sus dones y misericordias, que nosotros de vernos libres de nuestras miserias" (Serm. 105).

Ya dijo el Sabio: "Jamás ninguno confió en el Señor, que haya quedado confundido" (Ecli. 2, 11). Confianza que hacía exclamar al Santo Rey David: "En ti esperé, Señor mío, y nunca jamás me veré defraudado" (Sal. 30, 1).

Y repite el Señor: "En verdad, en verdad os digo, si algo pidiereis al Padre en mi nombre os lo dará" (Jn. 16, 23). Estas palabras que emplea: "En verdad, en verdad os digo", según San Agustín, son un verdadero juramento (In. Jn. Trac. 41, 3). Por lo cual San Pablo nos anima, diciendo: "Queriendo Dios mostrar más claramente la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que a la vista de dos

cosas inmutables (promesa y juramento), en que no es posible que Dios mienta, tengamos este poderosísimo consuelo los que buscamos nuestro apoyo en asirnos en la esperanza que se nos ha propuesto" (Heb. 6, 17-18). Por lo cual, se pregunta San Agustín: "¿Quién puede temer ser engañado cuando el que promete es la misma verdad?" (Const. lib. 12 c. 1). Y el Santo vuelve a preguntar: ¿Es acaso Dios un vil engañador que se compromete a librarnos de los peligros si se lo pedimos, y luego si acudimos a El nos deja abandonados al haber puesto en El nuestracon-fianza? ¡Lejos de nosotros el pensar tal cosa de El! (De Erudit. Princ. lib. 2 c. 5).

54. Atendamos a lo que nos dice el buen Maestro, que enseña y da: *Pedir, y recibiréis buscad y encontraréis; llamad, y se os abrirá.* También poco después, dice: *Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes a los que se los pidan? (Mt. 7, 7-11).* Con esto declara abiertamente que lo que había dicho: *Pedid, llamad y buscad,* pertenecía a la insistencia en el pedir, es decir, en el orar.

Otro evangelista nos dice: *dará cosas buenas a los que se las pidan,* las cuales pueden entenderse de muchas maneras, o corporales, o espirituales, sino que suprimió de allí lo nombrado en general y expresó con sumo cuidado y determinantemente lo que el Señor quiso que le pidiésemos con insistencia y con ardor, diciendo: *¡Cuánto más dará vuestro Padre celestial el Espíritu bueno a los que se lo piden! (Lc. 11, 13).* Este es aquel Espíritu por el que se difunde la caridad en nuestros corazones para que, amando a Dios y al prójimo, cumplamos los mandamientos divinos. Este es aquel Espíritu en el que clamamos: *¡Abba, Pater!*, y, por lo mismo, El nos hace pedir a quien deseamos recibir, El nos hace buscar al que deseamos encontrar, El nos hace llamar al que nos proponemos llegar (Enarraciones Sal. 131, 24).

Infalibilidad de la oración

55. La lectura del Santo Evangelio nos impulsa a orar y a creer y a no presumir de nosotros, sino del Señor. ¿Qué mejor

exhortación a la oración que la de la parábola del juez inicuo? Un juez inicuo, que ni temía a Dios ni respetaba al hombre, escuchó, sin embargo, a una viuda que le importunaba, vencido por el hastío, no movido por la piedad. Si pues, escuchó quien no soportaba que se le suplicase, ¿cuánto mejor escuchará quien nos exhorta que oremos?

Después de habernos persuadido el Señor de que *conviene orar siempre y no desfallecer*, añadió: *¿Creéis que cuando venga el Hijo del hombre hallará fe sobre la tierra?* Si flaquea la fe, la oración perece. ¿Quién hay que ore si no cree? Por esto, el bienaventurado Apóstol, exhortando a orar, decía: *Cualquiera que invocare el nombre del Señor, será salvo.* Y para mostrar que la fe es la fuente de la oración y que no puede fluir el río cuando se seca el manantial del agua, añadió: *¿Cómo van a invocar a Aquel en quien no creyeron?* Creamos, pues, para poder orar.

Y para que no decaiga la fe mediante la cual oramos, oremos. De la fe fluye la oración; y la oración que fluye suplica firmeza para la misma fe. Para que la fe no decayese en medio de las tentaciones, dijo el Señor: *Vigilad y orad para que no entréis en tentación.*

¿Qué es entrar en tentación sino salirse de la fe? En tanto avanza la tentación en cuanto decae la fe, y en tanto desaparece la tentación en cuanto avanza la fe...

Y el Señor añadió: *Esta noche pidió Satanás ahecharos como trigo; mas yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga.* ¿Ruega quien defiende y no ruega quien se halla en peligro? *(Sm. 115).*

56. Hay en las palabras del ciego de nacimiento algo que inquieta bastante, y que hasta desespera a muchos si no son bien entendidas. Dijo: *"Nosotros sabemos que Dios no escucha a los pecadores"* ¡Pobres de nosotros si Dios no escuchara a los pecadores! Si Dios no atendiera a los pecadores, ¿cómo osaríamos enviarle nuestras súplicas? Donde quiera que hay uno que le ruegue, habrá uno al que Dios escuche.

Si los espirituales son oídos porque no son pecadores, ¿qué habrán de hacer los carnales? ¿Qué han de hacer? ¿Perecerán? ¿No deben rogar a Dios? ¡Ni pensarlo!

Ved al publicano que dijo: *"Sé propicio conmigo, que soy pecador"*, ¿dijo verdad o dijo mentira? Si verdad, luego era pecador, y fue oído y fue justificado. Entonces, tú, ciego, a quien el Salvador devolvió la vista, ¿por qué dijiste: *Sabemos que Dios desoye a los pecadores?* Ya estás viendo cómo los oye. Así, pues, lava tu rostro interior, hágase en tu corazón lo que se hizo en tu cara, y verás que Dios oye a los pecadores. Eso tuyo fue una corazonada engañosa; no estás aún bien curado.

Sucedió que le arrojaron de la Sinagoga; oyéndolo Jesús, le salió al encuentro y le dijo: —*¿Crees tú en el Hijo de Dios,* —*¿Quién es, Señor,* respondió el hombre, *para que yo crea en él?* —Veía y no veía; veía con los ojos pero aún no veía con el corazón. El Señor le dijo: *"Le estás viendo,* entiéndase con los ojos; *el que habla contigo, ése es". Entonces, postrándose, le adoró.* Acababa de lavarle el rostro del alma.

Aplicaos, pues, ¡oh, pecadores!, a la oración; confesad vuestros pecados; pedidle a Dios que se os borren; pedidle que vayan a menos; pedidle que mengüen según avanzáis vosotros; pero, ante todo, no perdáis la esperanza, aunque seáis pecadores.

¿Quién no pecó? Empezad por los sacerdotes. A los sacerdotes se dijo: *Ofreced primero sacrificios por vuestros pecados, y luego por el pueblo.* Estos sacrificios argüían contra los sacerdotes, porque, aunque dijese alguno de ellos: "Yo soy justo, yo no tengo pecados", se le podría responder: "Déjate de palabras; lo que ofreces habla por ti: la víctima que tienes entre las manos denuncia lo que tú eres. ¿A qué ofreces sacrificios por los pecados si no tienes pecados? ¿Pretendes mentir a Dios?"

Quizá alguno dirá: "Los de la ley antigua sí eran pecadores, pero los de la nueva no". Hermanos, por haberlo Dios querido así, yo soy sacerdote, y con vosotros me hiero el pecho, con vosotros pido perdón, y con vosotros usará Dios conmigo de misericordia.

Hasta, incluso, los Apóstoles..., y no han de llevarlo a mal que lo digamos, pues ellos mismos lo confiesan, y por eso el Señor les ordenó decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.* ¿Qué dicen los Apóstoles? Todos los días piden que les perdonen sus deudas. Entran

deudores en la oración, salen absueltos, y vuelven de nuevo a la oración con deudas. Esta vida, pues, no está exenta de pecados, ya que se demanda perdón tantas veces como se ora.

Hasta los Apóstoles tenían pecados: *Si dijéramos no tener pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1, 8-9).* Por consiguiente, orad *(Serm. 135).*

57. Si Dios no oyera a los pecadores, ¿habría esperanza para nosotros? Si Dios no los escucha, ¿para qué oramos y nos damos golpes de pecho en testimonio de nuestros pecados? Pecador era ciertamente el publicano..., el que confesaba sus pecados y salió justificado del templo... No hay que dudarlo: Dios oye a los pecadores *(Serm. 136).*

Debemos orar con absoluta confianza y seguridad

58. La esperanza que nos ha dado y nos da aquel que no engaña cuando promete, es muy grande, pues dijo: *Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.* Por consiguiente, hace falta la perseverancia para obtener lo que pedimos, encontrar lo que buscamos y hacer que nos abran cuando llamemos... Por eso dijo: *¿Hay por ventura alguno entre vosotros, que si un hijo le pide pan, le dé una piedra? ¿O que si le pide un pez, le dé una culebra? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan?...* En consecuencia, ¿con cuánta confianza debemos esperar que Dios otorgará los bienes que le pedimos, pues no puede engañarnos dándonos una cosa por otra, puesto que hasta nosotros, que somos malos, sabemos dar aquello que se nos pide? Pues ni nosotros engañamos a nuestros hijos... *(Serm. in Monte L. 2 c. 21).*

59. Tal nos dice que era su oración quien cantaba este salmo, diciendo: *Clamé con todo mi corazón; óyeme, Señor.* Y declarando para qué aprovechaba su clamor, añade: *buscaré tus justifi-*

caciones. Clamó a Dios con todo su corazón y deseó que le oyese en la búsqueda de sus justificaciones. Por tanto, se ora para buscar e indagar lo que se nos manda hacer. ¡Cuán distante está todavía el que busca! No es forzoso que el que busca encuentre, o el que encuentra que obre, aunque no se puede obrar sin hallar, ni hallar sin buscar. Pero el Señor dio gran esperanza, diciendo: *Buscad y encontraréis (In Sal. 118 c. 29).*

Dios se anticipa a nuestra oración

60. A veces se halla uno en medio de una tribulación o tentación y piensa orar; y reflexiona lo que va a decir a Dios, como hijo que por serlo solicita la misericordia del padre. Piensa en su corazón: "Diré a mi Dios esto y aquello, y creo que me escuchará y no cierre sus oídos". Pues, mientras piensa esto, ya le está oyendo, porque el mismo pensamiento no se oculta a los ojos de Dios. Cuando él se disponía a orar, estaba ya presente quien iba a escuchar su oración. Por eso se dice en el Salmo: *Dije* (en mi interior): *declararé al Señor mi delito.* Ved su propósito. Y al momento añadió: *Y tú perdonaste la impiedad de mi corazón...* Aún estaba disponiéndose a decir: *Me levantaré, iré y le diré,* y éste, conociendo su pensamiento, le sale al encuentro (Lc. 15, 18) (*Serm.* 112 A).

"No se niega el premio, pero se ejercita el deseo"

61. Ciertamente que muchas de las cosas que pedimos, aun cuando las pidamos en su nombre, es decir, en nombre del Salvador y según las normas de su magisterio, no las hace cuando las pedimos, pero las hace. Porque ni siquiera cuando pedimos que venga el reino de Dios lo hace en seguida, llevándonos a reinar con El en la eternidad: no nos niega lo que pedimos, sino que nos lo aplaza. Esto, no obstante, como buenos sembradores, no desfallezcamos en la oración, y a su debido tiempo haremos la cosecha. Y pidamos también, cuando pedimos con las debidas disposiciones, que no haga lo que no pedimos bien, pues a esto se refiere lo que pedimos en aquellas palabras de la oración

dominical: *No nos dejes caer en la tentación* (Mt. 6, 13). Porque no deja de ser grave tentación una petición que va en contra de tu salvación (in Ioan 73, 4).

62. ¿No veis repetirse esto cada día en la vida humana como dura e inexorable misericordia? ¡Cuántas cosas inconvenientes piden los enfermos a los médicos y cuántas les niegan los médicos por misericordia! Se las niegan por misericordia, pues el concedérselas es señal de crueldad. Esto lo sabe el médico; ¿puede ignorarlo Dios? Sabe tratarte así quien fue creado contigo, ¿y no sabe trataros a vosotros quien os creó a ambos! Amadísimos, en todas, absolutamente en todas las tribulaciones, en todos los temores, en todos los gozos, rogad a Dios que en las cosas temporales os conceda lo que El sabe que os conviene. En cuanto a las cosas eternas, como *santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo* (Mt 6, 9-10), y cosas semejantes, pedidlas tranquilos, pues no pueden ser perjudiciales. Elegid, amad, recoged, pues El abre su mano y llena de bendiciones a toda alma. Y *cuando se los das los recogen* (Ps 144, 16), dijo. Que nadie dude de los bienes superiores; aunque se difieran, se darán; no se niega el premio, pero se ejercita el deseo. Deseémoslo por largo tiempo, puesto que es algo grande lo que hemos de recibir. Tengamos sed de ello por mucho tiempo, pues beberemos de la fuente de la vida (*sermo Morin* 15, 8).

63. El mismo que sabe lo que da y a quién lo da, oirá al que pide y abrirá al que llama. Y si, por ventura, no se lo concediese, nadie se crea abandonado. Porque a veces difiere sus dones, pero no deja a nadie en su ansiedad (*in Ioan* 87, 14).

64. Por eso, cuando pidas la vida eterna, cuando digas *venga a nosotros tu reino* (Mt 6, 10), en que vivas seguro, en que vivas siempre, en que nunca lamentes al amigo ni temas al enemigo; cuando eso pides, llora, derrama sangre interior, inmola a tu Dios tu corazón... ¡Oh, deseo! ¿Qué hombre osaría desear si Dios no se hubiese dignado prometer? Ora: gran cosa es la que oras, pero mayor es quien prometió. Difícil es lo

que prometió, a saber, que el hombre sea ángel; nada hay más difícil, pero todo es posible para Dios (*Serm Morin* 16, 7).

65. Luego digamos: *Confié en el Señor* (Ps 39, 2). Confié, no en cualquier hombre prometedor, el cual hubiera podido engañar y ser engañado; no en cualquier hombre consolador, que puede consumirse por su tristeza antes de reanimarme. ¿Me consolará el hermano hombre que está triste como yo? Gemimos a una, lloramos a un tiempo, oramos juntos, mutuamente nos sostenemos. ¿A quién, pues, recurriremos si no es al Señor, que no anula las promesas, sino que las difiere? Sin duda las mostrará; las mostrará, porque ya manifestó muchas cosas, y en modo alguno debemos recelar de la veracidad de Dios, aunque todavía no hubiera manifestado nada. Creámoslo así; prometió muchas cosas, pero aún no ha dado nada. Es capaz prometedor y fiel dador; tú sé únicamente piadoso cobrador, y aunque pequeño, aunque débil, exige misericordia (*in Ps* 39, 2).

66. Si a veces tarda en dar, encarece sus dones, no los niega. La consecución de algo largamente esperado es más dulce; lo que se nos da de inmediato se envilece. Pide, busca, insiste. Pidiendo y buscando obtienes el crecimiento necesario para recibir el don. Dios te reserva lo que no te quiere dar de inmediato para que aprendas a desear vivamente las cosas grandes. Por tanto, *conviene orar siempre y no desfallecer* (*Serm.* 61, 5, 6).

67. *El Señor me oirá cuando le invocare.* Creo que aquí se nos amonesta a que imploremos el auxilio de Dios con gran fervor, es decir, con interno y espiritual amor; porque así como debemos congratularnos por la iluminación en esta vida, así debemos orar para conseguir el descanso después de ella. Por tanto, ya se hable del fiel que evangeliza, o ya del mismo Señor, de tal modo ha de entenderse como si dijera: El Señor os oirá cuando le invoquéis *(Jn Sal. 4).*

Dios atiende siempre nuestras oraciones aunque no nos dé lo que le pedimos. El sabe lo que nos conviene y nos trata como

el médico bueno y sabio, que no le da al enfermo sino lo que le hace bien; como Padre amoroso que nunca dará a su hijo lo que pueda hacerle daño aunque se lo pida llorando.

68. Muchas cosas nos concedes cuando oramos; mas cuanto bueno hemos recibido antes de que orásemos, de ti lo recibimos, y el que después lo hayamos conocido, de ti lo recibimos también (*Conf* X, 31, 45).

69. Pero no penséis y valoréis como algo grandioso el que uno sea escuchado cuando ora. Pregunta qué pide y qué petición le ha sido escuchada. No tengáis por cosa grande el ser escuchados en vuestra voluntad; considerad grande, en verdad, el ser escuchados en lo que es provechoso. También los demonios fueron escuchados en lo que querían... No consideréis, pues, como algo grande el que sea escuchada vuestra voluntad. Dios, a veces, te da airado lo que le pides, y otras veces, teniéndole propicio, te lo niega. Si le pedís lo que Dios alaba, lo que Dios manda, lo que Dios promete para el mundo futuro, pedidlo confiados y aplicaos cuanto podáis a la oración para conseguirlo. Tales cosas las concede Dios cuando le tenemos propicio; las concede no por ira, sino por misericordia. Cuando, en cambio, pedís cosas temporales, pedidlas con mesura y con temor; pedidle que os las dé si os conviene, y, si sabe que os dañan, que os las niegue. Qué daña y qué es provechoso, lo sabe el médico, no el enfermo (*Serm* 354, 7).

70. Muchos claman en la tribulación y no son oídos, pero en atención a la salud, no a su demencia..., a fin de que entienda el hombre que Dios es médico y la tribulación medicina para la salud, no castigo para perdición. Sometido a tratamiento, eres quemado, sajado, y gritas; pero el médico no atiende al deseo, sino a la salud (*in Ps* 21, s. 2, 4).

71. Mas distingamos los distintos modos que Dios tiene de escuchar. Vemos que unos fueron escuchados no según los deseos de su voluntad, pero sí en orden a la salvación; vemos, en

cambio, que otros fueron escuchados conforme a los deseos de su voluntad, mas no en orden a su salvación. Distinguid bien esto; grabad en vuestra memoria el ejemplo de aquel que no fue oído en cuanto al querer, pero sí respecto a su salvación. Oye al apóstol Pablo, porque Dios le manifestó que había sido escuchado en cuanto a la salud: *Te basta mi gracia,* le dice, *porque la fortaleza se prueba en la flaqueza* (2 Cor 12, 9). Pediste, clamaste, tres veces clamaste; lo que pediste una vez, lo oí, no aparté mis oídos de ti; conocí qué debía hacer. Tú quieres quitar la medicina con que eres cauterizado, yo conocí la enfermedad que padecías. Luego éste fue escuchado atendiendo a su salud, no a su voluntad; no fue escuchado según los deseos de su voluntad (*in Ep Ioan ad Parthos* 6, 7).

72. No digas: no me dio esto o aquello. Entra en tu conciencia; sondea, interroga, no la perdones. Si verdaderamente invocaste a Dios, estate seguro que quizá no te dio lo temporal que querías porque no te había de aprovechar. Hermanos, se cimente vuestro corazón, el corazón fiel, el corazón cristiano, en esto. No os entristezcáis indignándoos contra Dios como si hubierais sido defraudados en vuestros deseos; pues no conviene dar coces contra el aguijón. Compulsad la Escritura. El diablo es oído, y no el Apóstol. ¿Que os parece?... ¿Cómo fue oído el diablo, Pidió tentar a Job, y obtuvo el permiso. ¿Cómo no fue escuchado el Apóstol? *Para que no me ensorberbeciese,* dice, *con la sublimidad de las revelaciones, se me dio el aguijón de mi carne, ángel de Satanás, que me afofetee; por lo cual tres veces rogué al Señor para que lo apartase de mí, y me dijo: te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la flaqueza* (2 Cor 12, 7-9). Oyó al que se disponía a condenarle, y no oyó al que quería sanarle. También el enfermo pide muchas cosas al médico, lo que el médico no le concede. No le oye en cuanto a su querer para oírle en atención a la salud.

Luego constituye a Dios por tu médico, y pídele la salud, y El será tu salud: no como si El fuese ajeno a la salud, siendo El mismo la salud. Por otra parte, no ames otra salud fuera de a El mismo, al estilo como se consigna en el salmo: *Di a mi alma:*

Yo soy tu salud (Ps 34, 3). Por lo demás, ¿a ti que te importa lo que acontezca, qué te importa lo que te diga para entregársete? ¿Quiéres que se te entrege? ¿Y si lo que quieres tener, no quiere El que lo tengas con el fin de entregársete El mismo? El aparta los obstáculos para entrar en ti... ¿A quién prometió Dios algo y le engañó? (*in Ps* 85, 9).

73. ¿Pediste y no se te concedió lo que solicitabas? Cree que si te hubiese convenido te lo hubiera dado el Padre, ponte tú como ejemplo: Si tu hijo se pasa el día llorando para que le des el cuchillo, esto es, la espada; te niegas a dársela y no se la das aunque llore, para no tener que llorarlo al verlo morir. Aunque llore, aunque se aflija y aunque se golpee para que lo subas al caballo, tú no lo subes, porque no puede dominarlo y echándolo al suelo puede matarlo. A quien le niegas una parte, le reservas la totalidad. Y para que crezca y para que luego lo posea todo sin peligro, le niegas esa cosa pequeña peligrosa.

Por tanto, hermanos, os decimos que oréis cuanto podáis. Abundan los males, y Dios lo quiso así. ¡Ojalá no abundaran los malos y no abundarían los males! Dicen los hombres: "Malos tiempos, tiempos fatigosos". Vivamos bien y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros; tal cual seamos nosotros, así serán los tiempos.

Pero, ¿qué hacemos? ¿No podemos convertir a una vida recta a la muchedumbre de los hombres? Vivan bien los pocos que me oyen; los pocos que viven bien soporten a los muchos que viven mal...

¿Por qué nos entristecemos y encausamos a Dios? Si en este mundo abundan los males es para que no lo amemos. Grandes varones, fieles santos despreciaron un mundo hermoso, y nosotros, ¿no seremos capaces de despreciarlo ni aun siendo feo? ¡El mundo es malo y se le ama como si fuera bueno!... El mundo es malo por que lo constituyen los hombres malos; y puesto que no podemos carecer de hombres malos, gimamos a nuestro Dios mientras vivimos y soportemos los males hasta llegar a los bienes. Nada reprochemos al Padre de familia, pues es cariñoso. El es quien nos soporta, no nosotros a El. Sabe cómo gobernar lo

que hizo. Hagamos lo que mandó, y esperemos los que prometió (*Serm.* 80).

74. ¿Pensáis, hermanos, que no sabe Dios lo que os es necesario? Lo sabe, y hasta se adelanta a nuestros deseos. El que conoce nuestra pobreza. Por eso, al enseñar la oración y exhortar a sus discípulos a que en ella no hablen demasiado, les dijo: *No empleéis muchas palabras, pues sabe vuestro Padre celestial lo que os es necesario antes de que se lo pidáis* (Mt. 6, 7)... Pues si sabe nuestro Padre lo que necesitamos, ¿para qué las palabras, aunque sean pocas? ¿Qué motivo hay para orar, si ya sabe lo que necesitamos?

Dice alguien: "no me pidas más; sé lo que necesitas". Pues si lo sabes, Señor, ¿para qué pedir? No quieres que mi súplica sea larga; más aún, quieres que sea mínima. ¿Y cómo combinarlo con aquello que dice en otro lugar: *Pedid y se os dará..., buscad y hallaréis..., llamad y se os abrirá?* Considera, pues, lo que añadió. Quiso que pidieras para recibir; que buscaras para hallar y que llamaras para entrar. Por tanto, si nuestro Padre sabe lo que necesitamos, ¿para qué pedir? ¿Para qué buscar? ¿Para qué llamar? ¿Para qué fatigarnos en pedir, buscar y llamar para instruir a quien ya sabe?

Son también palabras del Señor, dichas en otro lugar: *Conviene orar siempre y no desfallecer (Lc. 18, 1).* Si conviene orar siempre, ¿cómo dice: *No habléis mucho?* ¿Cómo voy a orar *siempre,* si me callo luego? Por una parte me mandas que acabe pronto, y por otra me ordenas que *ore siempre sin desfallecer.* ¿Qué es esto? Pide, busca, llama también para entender esto.

Por tanto, hermanos, debemos exhortarnos mutuamente a la oración, tanto yo como vosotros. En medio de la multitud de los males del mundo actual no nos queda otra esperanza que llamar en la misma oración, creyendo y manteniendo fijo en el corazón que lo que tu Padre no te da es porque no te conviene. Tú sabes lo que deseas; El sabe lo que te es provechoso (Serm. 80, 2).

75. Pero puede preguntarse... ¿Qué necesidad tenemos de orar si Dios sabe lo que necesitamos? Respondemos que la

misma oración serena y purifica nuestro corazón y le hace más apto para recibir los dones divinos... En efecto: no ambiciona Dios súplicas para oírnos, y El está siempre pronto a darnos su luz espiritual, pero nosotros no estamos siempre dispuestos a recibirla, porque nos aficionamos a otras cosas y nos oscurecemos con la codicia de las cosas temporales. En consecuencia, en la oración se verifica la conversión de nuestro corazón a Dios, que está siempre dispuesto a darnos, si nosotros estamos dispuestos para recibir sus dones (Sm. del Monte. L. 2 c. 3).

IV. EN NOMBRE DE CRISTO

76. Nos dijo el Señor: *"En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidáis al Padre, os lo dará en mi nombre. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre: pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo" (Jn. 16, 23-24).* ¿Y cómo se llama el que hizo tan grande promesa? Cristo Jesús. Cristo significa Rey; Jesús significa salvador. No nos salva un rey cualquiera, sino el Rey Salvador. Y, por ende, cuando pedimos algo inútil o contrario a la salvación no lo pedimos en nombre del Salvador. El es, no obstante, Salvador cuando hace lo que pedimos como cuando deja de hacerlo, porque cuando ve que se pide algo contrario a la salvación, cumple mejor con el oficio de Salvador no concediéndolo. Pues bien conoce el médico lo que el enfermo pide a favor o en contra de su salud, y así deja de atender a la voluntad del que pide cosas nocivas, para atender a su salud. Y así, cuando queremos que nos conceda lo que pedimos, no lo pidamos de cualquier manera; pidámoslo en su nombre, en nombre del Salvador.

No pidamos nada contra nuestra salvación, porque, si lo concede, no obra como Salvador, que éste es su nombre para sus fieles. El que para los fieles se dignó ser el Salvador, es también el que condena al pecador. Concederá a los que creen en El todo cuanto le pidan por ese nombre, que salva a los que en El tienen puesta su fe, porque entonces obra como Salvador. Pero, si un creyente pide, por ignorancia, algo en contra de su salvación, no

lo pide en nombre del Salvador, que dejará de ser su Salvador si le concediere lo que le impide salvarse. Es mejor que entonces haga lo que su nombre significa, dejando de hacer aquello que se solicita. Por este motivo, no sólo como Salvador, sino también como Maestro bueno, y obligándose a hacer cuanto le pidiéremos en la misma oración que El nos enseñó, nos señaló las cosas que le debemos pedir, a fin de que entendamos que no pedimos en nombre del Maestro cuanto pedimos traspasando las normas de su magisterio (*in Ioan* 73, 3).

77. Puesto que no es justa la oración a no ser que se haga por medio de Jesucristo..., la oración que no se hace a través de Cristo, no sólo no puede borrar el pecado, sino que ella misma es pecado (*in Ps* 108, 9).

78. El es el camino por donde vamos y en el cual nos colocó para que vayamos. En todas las cosas nos previene con su misericordia. *Y vuestro fruto permanezca, para que el Padre os conceda cuanto pidiereis en mi nombre* (*Ioan* 15, 16). Permanezca la caridad, que éste es el fruto nuestro. Este amor está ahora en el deseo, pero no está en su plenitud. Pero, por este deseo, cuanto pidiéremos en nombre del Hijo unigénito nos lo concederá el Padre. Y no pensemos que pedimos en nombre del Salvador aquello cuya recepción no conviene a nuestra salvación. Sólo se pide en nombre del Salvador lo que conduce a la salvación (*in Ioan* 86, 3).

Cristo ruega en y por nosotros al Padre

79. Del mismo Señor está escrito que pernoctaba en oración y que oró prolijamente. ¿No será darnos ejemplo, orando con oportunidad en el tiempo, aunque con el Padre oye en la eternidad? (*ep* 130, 10, 19).

80. Oyes orar al Maestro; aprende a orar. Oró para enseñarnos a orar, padeció para enseñarnos a padecer, resucitó para enseñarnos a esperar en la resurrección (*in Ps* 56, 5).

81. Cristo el Señor, que nos oye juntamente con el Padre, se dignó orar por nosotros al Padre. ¿Hay cosa más segura que nuestra felicidad, si ora por nosotros quien concede lo que pide? Cristo es, en efecto, hombre y Dios; ora en cuanto hombre, y en cuanto Dios otorga lo que pide. Habéis de tener claro que atribuye todo al Padre, porque no es el Padre quien procede de El, sino El del Padre. Todo lo asigna a la fuente de que deriva. Pero también El es fuente nacida del Padre; El es la fuente de la vida. Así, pues, el Padre fuente engendró una fuente. La fuente engendró otra fuente, pero la fuente que engendra y la engendrada son una única fuente; del mismo modo que son un único Dios el Dios que engendra y el engendrado (*serm* 217, 1).

82. Ningún otro don mayor hubiera podido hacer Dios a los hombres que darles como Cabeza a su Verbo, por quien hizo todas las cosas, y adaptarlos a El como miembros, de modo que fuese Hijo de Dios e Hijo del hombre; un Dios con el Padre y un solo hombre con los hombres. Por tanto, cuando hablamos a Dios con nuestra oración, no separemos de allí al Hijo; y cuando ora el Cuerpo del Hijo, no separe de sí a su Cabeza; y sea el mismo Salvador único de su Cuerpo, Jesucristo, nuestro Señor, Hijo de Dios, el que ore por nosotros, y ore en nosotros, y sea rogado por nosotros. Ruega por nosotros como Sacerdote nuestro, ruega en nosotros como Cabeza nuestra, es rogado por nosotros como nuestro Dios. Reconozcamos, pues, en El nuestras voces y sus voces en nosotros... Se le pide en forma de Dios, y El ora en forma de siervo: allí como Creador, aquí como creado, tomando sin ser cambiado a la criatura que ha de ser cambiada, y haciéndonos consigo un solo hombre, Cabeza y Cuerpo. Luego oramos a El, por El y en El; y hablamos con El, y habla El con nosotros (*in Ps* 85, 1).

La oración del "Cristo total"

83. El Cristo total es Cabeza y Cuerpo, lo que no dudo que vosotros ya sabéis; la Cabeza es nuestro Salvador, que padeció debajo del poder de Poncio Pilato y que ahora, después de

resucitar de entre los muertos está sentado a la diestra de Dios Padre; su Cuerpo es la Iglesia, no ésta o aquélla, sino la difundida por el orbe; ni tampoco sólo la que ahora se halla en los hombres de esta vida, sino aquélla a la cual pertenecen asimismo quienes vivieron antes que nosotros y los que después de nosotros vivirán hasta el fin del mundo. Esta Iglesia, que consta de todos los fieles, porque todos ellos son miembros de Cristo, tiene la Cabeza colocada en el cielo, la cual gobierna a su Cuerpo, el cual, aunque esté separdo por la visión, está unido por la caridad.

Como el Cristo total es Cabeza y Cuerpo, por eso en todos los salmos, al oír la voz de la Cabeza, oigamos la del Cuerpo. Pues no quiso hablar separadamente el que no quiso separarse, conforme lo atestigua: *Ved que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos* (Mt 28, 20). Si está con nosotros, habla con nosotros, de nosotros y por nosotros; como también nosotros hablamos en El, y por eso hablamos verdad, porque hablamos en El. Si quisiéramos hablar en nosotros y de nosotros, seríamos mentirosos (*in Ps* 56, 1).

84. Desde que el Cuerpo de Cristo gime en las angustias hasta el fin del mundo, en el cual dejarán de existir estas torturas, gime el hombre y clama a Dios; y cada uno de nosotros clama proporcionalmente en todo este Cuerpo. Tú clamaste en tus días, los cuales ya pasaron; te sucede otro y también clama en sus propios días; tú en los tuyos, éste en los suyos, y aquél en los de él. El Cuerpo de Cristo clama en todo tiempo, ya en los miembros que van pasando como en los que vienen sucediendo. Un solo hombre se extiende hasta el fin del mundo; pues claman los mismos miembros de Cristo: algunos ya descansan en El; otros claman actualmente, y otros clamarán cuando nosotros hayamos muerto; y después de ellos seguirán otros clamando. Aquí atiende el salmista a la voz de todo el Cuerpo de Cristo que dice: *Clamé a ti todo el día* (Ps 85, 3). Nuestra Cabeza, estando ya a la derecha del Padre, intercede por nosotros; recibe a unos miembros, a otros los castiga, a otros los purifica, a otros los consuela, a otros los forma, a

otros los llama, a otros los restituye, a otros los corrige, y por fin, a otros los restablece (*in Ps* 85, 5).

Citas de San Agustín por varios autores

1. Tenemos en la oración un arma universal, y la más apropiada a todas nuestras necesidades; constituye para cada uno un tesoro que no disminuye jamás; riquezas que no se agotan nunca, un puerto donde se está en seguridad, un lugar de reposo y calma. Ella es el principio, la madre, el origen y la raíz de todos los bienes (Cit. por Sinler).

2. En cuanto el espíritu de oración entra en un alma, todas las virtudes entran en ella al mismo tiempo (Ibíd.)

3. La oración es el alimento del alma, porque así como sin el alimento material no se puede conservar la vida del cuerpo, del mismo modo sin oración no se puede conservar la vida de la gracia (De Sal. Doc. c. 28).

4. El que bien ora, bien vive (Sm. 90 Qualin ejus).

5. La oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios (Citado por el P. Heredia).

6. Judit con su oración salva a la ciudad, en tanto que todo un ejército sin oración no puede salvar a su jefe. La oración es la más poderosa de todas las armas (Sm. 5 de Verbis Domini. c. 5).

7. El que clama a Dios desde lo profundo de su miseria, ya no está en lo profundo, sino que ha empezado a levantarse. Los que están en lo profundo del abismo son los que no conocen que están en él (Sal. 38).

SAN PAULINO DE NOLA (m. 431)

Por consejo de San Jerónimo vendió sus cuantiosas riquezas y las dio a los pobres. Fue ordenado sacerdote en la catedral de Barcelona,

luego fue a Milán donde estuvo a las órdenes de San Ambrosio, y después se fue a Nola donde hizo vida de monje hasta que murió el obispo y fue elegido él obispo de Nola.

Más tarde fue a Africa a rescatar al hijo de una viuda que Ataulfo tenía prisionero, y al no tener el dinero que se le pedía se hubo de canjear por el esclavo. Conmovido el rey Ataulfo de la virtud del prisionero, le preguntó quién era, y al enterarse que era el Obispo de Nola, le concede la libertad junto con todos los demás esclavos (PL 61).

1. Es preciso pedir a Dios que destruya en nosotros todo cuanto proviene de nosotros mismos para edificar solamente con lo que proviene de Dios (Epist. 24 ad Sev.).

2. Pidamos a Dios que nos haga conocer nuestro fin, para que veamos lo que nos falta, y que nos haga cumplir lo bueno que no hemos ejecutado, para que no estemos siempre pasando días inútiles, o toda la vida tejiendo telas de araña, ocupados continuamente en obras vacías de todo bien (Epíst. 36 ad Amand.)

3. Nada temáis ni dudéis, y en nada os detengáis (con la oración); haced fuerza al mismo Dios y arrebatadle el Reino de los cielos. Porque aquel Señor que nos prohíbe tocar los bienes del otro, gusta de que le robemos los suyos; al mismo tiempo que condena la rapiña de la avaricia, alaba y aprueba al santo robo que su ley nos manda hacer (Epíst. 34).

4. No debe ocuparos tanto el tiempo de vuestra casa que os quite el tiempo de pensar en vosotros mismos. Elegid algún lugar a propósito para recogeros, distante del ruido de la familia. Para estar así retirados de las distracciones domésticas, como en un puerto favorable, que por su tranquilidad pueda calmar en vuestras almas la tempestad de las olas del siglo. Aplicaos con

tanto cuidado a la lectura de las Santas Escrituras; mezclad con tanta frecuencia esta devota lectura con la elevación a Dios (por medio de la oración), ocupando vuestro espíritu con tan viva meditación de las cosas del siglo venidero, que este ejercicio saludable os pueda recompensar con ventajas por el tiempo que habéis empleado en las cosas de vuestra casa (Epíst. al Celantian in Appnd.).

SAN CELESTINO I, PAPA (m. 432)

San Celestino I, Papa, nació en Campinia a fines del siglo IV, y ocupó la Silla de San Pedro desde el año 422 al 432. Durante su pontificado tuvo lugar la rebelión de Nestorio, que negaba la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo. San Celestino reunió un sínodo en Roma y ordenó la celebración del concilio de Efeso: donde fue condenada la herejía y proclamada la maternidad divina de la Virgen María como Madre de Dios (PL 50).

1. Dios obra de tal manera en nuestros corazones y en nuestro libre albedrío, que todo buen pensamiento, piadoso consejo, y todo movimiento bueno de nuestra voluntad, todo es de Dios. Por El podemos todo lo bueno que podemos, y sin El nada podemos hacer. Y pues no habiendo tiempo alguno en que no tengamos necesidad de este socorro divino para bien obrar, por eso en todas nuestras obras, pensamientos y movimientos, debemos hacer oración a este Señor que en todo es nuestro ayudador; porque es gran soberbia que el hombre presuma poder hacer alguna cosa de sí mismo, siendo verdad lo que dice el Apóstol (Ef. 6) que estamos en lucha y batalla, no contra carne y sangre, que sería contra otros hombres flacos como nosotros, sino que nuestra guerra es contra los príncipes y potestades de las tinieblas (Cif. P. Rodríguez).

2. ¿Existe acaso algún tiempo en que no necesitemos la ayuda de Dios? No existe. Luego en todo tiempo y lugar y en cualquier parte donde nos halláremos necesitamos acudir a El con la oración para pedirle su ayuda y favor; porque sería grandísima soberbia que el hombre flaco y miserable presuma poder hacer algo sin El (De Gratia Dei, 9).

SAN MARCOS EL ERMITAÑO (m. 432)

San Marcos Ermitaño fue discípulo de San Juan Crisóstomo y contemporáneo de San Nilo y San Isidoro Pelusio. Al parecer fue abad de un monasterio en Ancira de Galacia, pero en su ancianidad vivió como ermitaño en el desierto (PG 65).

1. Al tiempo que recuerdas a Dios, multiplica tu oración y suplica para que, si te sucediere olvidarte del Señor, El te haga recordarlo...

2. La buena conciencia se encuentra por la oración, y la oración pura por la conciencia. Ellas tienen una natural necesidad la una de la otra.

3. Las tribulaciones que llegan al hombre son la progenie de sus propias faltas. Soportémoslas con la oración y recuperemos el gozo del bien...

4. No hay oración perfecta sin invocación interior. El Señor satisface al alma que ora sin distracción...

5. El intelecto que ora sin distracciones, humilla el corazón, y *a un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia* (Sal. 51, 19).

6. Aunque la oración lleva el nombre de virtud, ella es la madre de las virtudes, a las que engendra por su unión con Cristo...

7. El cumplimiento de los mandamientos está contenido íntegramente en la oración, pues no hay nada que sobrepase al amor de Dios.

8. Quien persevera en la oración sin distracciones, es evidente que tiene el amor de Dios. La negligencia en la oración y las distracciones, son prueba del amor o los placeres...

9. El recuerdo de Dios es un trabajo del corazón sobrellevado con la fe. Quien olvida a Dios se hace insensiblemente amigo de la pasión.

10. Si queréis recordar a Dios sin cesar, no rechaceis las pruebas considerándolas inmerecidas, en cambio, soportadlas como justas. El soportar los trabajos despierta y reanima el trabajo del corazón y, al mismo tiempo, produce olvido...

11. Lo correcto es practicar el mandamiento general sin preocuparnos por las particularidades, de esta forma pediremos únicamente el reino de Dios. Pues si nos preocupáramos por cada una de todas nuestras necesidades, nos veríamos obligados a orar por cada una de ellas; pues quien se preocupa por algo sin añadir a ello la oración, no está en el buen camino... (La Filocalia de la oración de Jesús).

12. Si quieres vencer las pasiones, recógete en ti mismo por medio de la oración, y con la ayuda de Dios desciende a las profundidades de tu corazón, y allí destruye a esos tres temibles enemigos: el olvido, la pereza y la ignorancia. Estos son los tres principales auxiliares de nuestros enemigos espirituales. Todas las otras pasiones, sostenidas por ellos, vuelven al corazón, actúan, viven y se fortifican en las almas que se dejan llevar o carecen de formación. Pero sí, por medio de una atención sostenida y perseverante, y con la ayuda de lo alto, encuentras a esos gigantes, que muchos no saben reconocer, los atraparás fácilmente con las armas de la justicia, que son el pensamiento de lo que es bueno, la prisa por llegar a la salvación y el conocimiento que proviene del cielo (y recibes a través de la oración).

13. Los ladrones no atacan de buen grado un lugar en el que ven que las armas del rey fueron preparadas para combatirlos. De la misma manera, aquel que se armó con la oración en su corazón, no podrá ser saqueado fácilmente por los ladrones espirituales (Sublimidad de la oración interior, pág. 115. Buenos Aires, 1989).

14. Nada puede traer tan poderosamente la ayuda de Dios, ni es tan a propósito para obtener su complacencia, como la oración (Textos de Espiritualidad Oriental. Patmos).

15. Si posees la fortaleza de la oración pura, no admitas en el mismo momento pensamientos de cosas que el enemigo te sugiera, con el fin de no perder lo más precioso. Es mejor asaltar al enemigo con las flechas de la oración antes de sostener conversación con él. El intenta congraciarse con nosotros para que no lo combatamos por medio de la oración (Ibíd).

SAN JUAN CASIANO (m. 435)

San Juan Casiano, abad de San Víctor (Marsella), nació por los años 360-370 en Escitia, de una familia cristiana y acomodada. Cursó brillantes estudios que completaría en Belén. Luego pasó al Bajo Egipto, donde visitó a los solitarios y se inició en su doctrina. Hacia el año 400 lo encontramos en Constantinopla con San Juan Crisóstomo que lo ordena de diácono. De regreso a Occidente fijó su residencia en Marsella donde se establece como sacerdote y funda dos monasterios, uno para hombres y otro para mujeres, cuyo objeto principal será integrar el monacato occidental y estilo de vida cenobítico del Bajo Egipto. Falleció hacia el 435 e inmediatamente fue venerado como santo tanto en el Oriente como en el Occidente.

El fin del monje y la más alta perfección del corazón tienden a establecerle en una continua e ininterrumpida atmósfera de oración. De esta suerte llega a poseer, en cuanto es posible a nuestra fragilidad humana, una tranquilidad inmóvil en la mente y una inviolable pureza de alma.

Constituye éste un bien tan preciado, que tratamos de procurárnoslo al precio de un trabajo físico incansable y a trueque de una continua contrición de espíritu.

Media una relación recíproca entre estas dos cosas que están inseparablemente unidas. Porque todo el edificio de las virtudes se levanta en orden a alcanzar la perfección de la oración. Y es que, si la oración no mantiene este edificio y sostiene todas sus partes conjugándolas y uniéndolas entre sí, no podrá ser éste firme y sólido, ni subsistir por mucho tiempo.

Sin las virtudes es imposible adquirir esa tranquilidad y continua oración a que se ordenan todos los ejercicios y aspiraciones del monje, y en que está la perfección de toda la vida religiosa. Y sin esta manera de oración, las virtudes que le sirven de fundamento no pueden alcanzar su perfección...

En definitiva, aquí *en la oración,* es a donde debe tender él con toda la fuerza de su ser, de tal forma que el apartarse de este bien soberano —aunque no sea más que un ápice— debe reputarlo como una auténtica muerte y como el peor de todos los males...

Estamos persuadidos que no llegará nunca a la oración perfecta quien no se aplique a ella con íntima tensión del corazón. Este es un hecho que atestigua la experiencia cotidiana; por tanto, el fin y la más alta perfección del monje radica en la perfecta oración. *(Conferencia IX del Abad Isaac).*

Si queréis que el pensamiento de Dios no se aparte de vosotros, debéis proponeros repetir continuamente: "Deus in adjutorium meum intende, Dómine ad adjuvandum me festina" —Ven, oh Dios, en mi ayuda: apresúrate, Señor, a socorrerme— (Sal. 69, 2).

No sin razón ha sido preferido este versículo entre todos los de la Escritura. Contiene en cifra todos los sentimientos que puede tener la naturaleza humana. Se adapta felizmente a todos

los estados y ayuda a mantenerse firme ante las tentaciones que nos asedian constantemente...

Este versículo es una muralla inexpugnable y protectora, una coraza impenetrable y un escudo firmísimo contra todos los embates del demonio. El que vive dominado por la acidia, la aflición de espíritu, la tristeza, o abrumado por algún pensamiento, encuentra en estas palabras un remedio saludable. Y es que nos muestra que aquel a quien invocamos es testigo ocular de nuestros combates, y no se aleja nunca de los que en El confían *(Conferencia X del Abad Isaac).*

Por esta senda nuestra alma llegará a la pureza de la oración, que fue el blanco a que apuntábamos en nuestra conferencia anterior. Esta oración no es entorpecida por ninguna imagen, ni se sirve de frases y expresiones articuladas. Brota en un arranque de fuego que parte del corazón. Es un transporte inefable, una impetuosidad del espíritu, una alegría del alma que sobrepuja todo encarecimiento. Arrebatada de los sentidos y de todo lo visible, el alma se engolfa en Dios con gemidos y suspiros que el lenguaje no puede traducir (Ibíd).

SAN ISIDORO DE PELUSIO (m. 440)

San Isidoro de Pelusio es sin duda uno de los mejores escritores de cartas de la Iglesia griega. De origen alejandrino, retórico y filosófico, y después discípulo de San Juan Crisóstomo, se estableció en Pelusium y, desde su monasterio, ejerció sobre los hombres más notables de su tiempo grande y beneficiosa influencia (PG 78).

La oración auténtica no consiste en palabras vacías, sino en buenas acciones. Mira cómo David pide que se le juzgue por su inocencia, el piadoso Ezequías ofrece como oración a Dios su piedad y su vida religiosa y las viudas de Joppe argumentan en su súplica con las virtudes y acciones ilustres de la mujer difunta. Si tu oración es de este estilo, te comportarás rectamente ante

Dios, tu justicia brillará como una luz y tu juicio como el mediodía (Lib. I, Ep. 386: PG 78, 400).

La contemplación de la esencia divina es mejor que la multitud de sus ángeles y sus santos ejércitos (Lib. IV, Ep. 211: PG 78, 1305).

En la oración del Señor admiro la sublime sabiduría oculta en la brevedad de sus palabras. Si pronunciar sus palabras es fácil, no lo es tanto asumir su significado. Pues para recitarla bien es preciso no solo oír las palabras, sino cumplir las obras. (...) Solamente pueden llamar a Dios Padre los que admiran el nacimiento que ocurre en el bautismo divino y la nueva y extraordinaria ley de los hijos y solamente pueden recitar bien y con derecho esta oración los que muestran una índole natural de hijos. Podrán decir "santificado sea tu nombre" los que no cometen ningún crimen; y "venga tu Reino" los que huyen de todo aquello que produce placer, sometiéndose al demonio tirano; "hágase tu voluntad", los que se entregan a ella en sus obras; "danos hoy el pan de cada día" los que se apartan de los lujos y placeres; "perdona nuestras ofensas" los que perdonan también a los que les han ofendido; "no nos dejes caer en la tentación", los que no se tientan así mismos ni a otros; "líbranos del mal", los que mantienen una constante e irreconciliable guerra contra Satanás. Y finalmente podrán decir con verdad "porque tuyo es el Reino y el poder y la gloria" los que pronuncian las palabras del Señor y a la vez las acompañan con obras. Pues no vale tanto el conocimiento de la oración cuanto la vida y el comportamiento del que ora" (Lib. IV, Ep. 24: PG 78, 1076).

Conviene recitar los salmos con devoción y rezar con alma atenta y vigilante. Y no pedir las cosas que a nosotros nos parecen buenas, sino aquellas que Dios, que es el que da, considere útiles. Hemos de pedir a Dios lo que El tenga determinado para nuestro bien (Lib. III, Ep. 171: PG 78, 864).

La oración que el Señor enseñó a sus discípulos no tiene nada de terreno, sino todo cosas celestiales, dirigidas a la utilidad del alma. No enseña a pedir poder, riquezas, belleza, fuerza o cualquier otra cosa que enseguida se acaba. Pues es inútil

pedir aquellas cosas que El nos ha enseñado a desprendernos de ellas (Lib. II, Ep. 281: PG 78, 712).

"Alabad a Dios con tímpano y coro, con órganos y cuerdas", dice el salmista. No se refiere a que hay que cantar los salmos tañendo el bronce y con instrumentos aptos para dulcificar y pacificar los ánimos, sino haciendo que el tímpano sea nuestra carne, de tal forma que no tenga ningún movimiento de los afectos de la vida pasada, sino que en sus miembros terrenos esté muerta y apagada. El coro significa la armonía y concordia de la Iglesia. Las cuerdas, nuestros sentidos cuyas obras pulsa el plectro de la lengua. Y el órgano es cualquiera de nosotros, si nuestra vida y costumbres están en armonía con Dios y con los hombres". (Lib. I, Ep. 364: PG 78, 389).

"Alabad a Dios con el sonido de la trompeta", esto es con el recuerdo de la resurrección, que se realizará al son de trompeta, como atestigua la Escritura. "Alabadlo con el salterio y la cítara", esto es, con la lengua y la boca pulsadas por el plectro del Espíritu Santo. "Alabadlo con el tímpano y el coro", esto es, con el cuerpo y con el alma, que emiten como coros las oraciones a Dios. "Alabadlo con cuerdas y órgano", esto es, con el corazón y con todas nuestras entrañas y nervios, que son nuestros órganos. "Alabadlo con címbalos de júbilo", esto es, con los labios, con cuya ayuda se entonan las armoniosas melodías de los salmos" (Lib. I, Ep. 457: PG 78, 433).

La meditación de la Sagrada Escritura es viático de salvación que alimenta con luminosos ejemplos el amor de la virtud y la fortaleza de quienes la escuchan con diligencia. (Lib. II, Ep. 73: PG 78, 516).

SAN CIRILO DE ALEJANDRIA Dr. (m. 444)

San Cirilo de Alejandría es uno de los Santos Padres más célebres de la Iglesia Oriental antigua. Durante 32 años fue patriarca de Alejandría. Presidió el sagrado concilio de Efeso por delegación del Papa San Celestino,

refutando muy certeramente la herejía de Nestorio, patriarca de Constantinopla. Escribió varias obras dogmáticas, exegéticas y apologéticas muy importantes (PG 68-77).

1. El ayuno unido a la oración es el principal enemigo de las pasiones. La oración, como la unción con el óleo sagrado, nos trae la miseridordia de Dios, es remedio de la enferme ad e ilumina nuestro corazón *(Cramer, Catenae Graecorum .'atrum I, Oxford 1840, 340).*

2. Como la naturaleza del hombre es débil, y no tiene fuerzas suficientes para salir por sí misma de los vicios, el Señor le proporciona fuerzas a través de la oración. Un doble regalo nos ofrece el Señor por la oración: nos eleva con sus inspiraciones y nos presta ayudas, más poderosas que los males presentes (Migne, 68, 173).

3. Así, pues, si te duele alguna parte del cuerpo, y crees verdaderamente que las palabras "Señor de los ejércitos" u otras semejantes que la Divina Escritura atribuye a Dios, tienen fuerza para arrojar aquel mal, pronuncia estas palabras por ti mismo (Migne, 68, 472).

4. Acude con confianza a Dios, diciendo: "Abba, Padre", para poder cultivar con ahínco todas las virtudes y hacer frente con valentía invencible a las asechanzas del diablo y a las persecuciones de los hombres, como quienes cuentan con la fuerza poderosa del Espíritu (Ibíd).

"Salió al monte a orar" (Lc 6, 12)

5. Cristo realizaba todo para nuestra edificación y para utilidad de los creyentes en él; así, proponiendo su forma de actuar como modelo de comportamiento espiritual, quería mostrar cómo han de ser los verdaderos adoradores. Veamos, pues, en la conducta de Cristo como en imagen ejemplar de qué modo tenemos que dirigir nuestras súplicas a Dios. Es preciso orar en lo oculto y sin que nadie nos vea: esto significa el que Jesús subiera al monte solo y que orara retirado; es lo mismo que nos

enseñó cuando dijo: *"Cuando ores,entra en tu habitación"* (Mt 6, 6),pues hay que orar sin afán de aparentar y *"elevando las manos puras"* (1 Tim. 2, 8), de modo que el alma ascienda hasta la altura de la contemplación de Dios, apartándose de todo ruido y huyendo de las preocupaciones mundanas. Y hemos de orar incansablemente, sin pereza ni desánimo, sino con ardor, entrega y paciencia no pequeña, pues has leído que Cristo no solamente oró, sino que pasó la noche orando (Coment. al Ev. de Lucas, cap. 6: PG 72, 580).

"Estando él orando en cierto lugar" (Lc 11, 1)

6. Es verdadero Dios e Hijo del Dios supremo, proporciona todo a la creación para que se mantenga y se conserve, y no necesita de nada, puesto que está lleno, según dice (cfr. Is. 1, 11). Entonces, podrá preguntar alguien, ¿por qué tiene necesidad de pedir el que es dueño por naturaleza de las cosas de su Padre?, pues El lo dijo claramente: *"Todo lo que tiene mi Padre es mío"* (Jn 16, 15). Es propio del Padre poseer en plenitud todos los bienes y todo lo más valioso imaginable; esto también es propio del Hijo, según dicen los santos: *"De su plenitud todos hemos recibido"* (Jn 1. 16). ¿Por qué, pues, pide, si no carece de nada de lo que el Padre tiene? A esto respondemos diciendo que su estado de encarnación le permite desarrollar sus facultades humanas plenamente cuando se presenta la ocasión. Si come, bebe o se le encuentra dormido, ¿por qué va a ser absurdo que, desenvolviéndose dentro de nuestra naturaleza limitada y cumpliendo la justicia humana (cfr. Mt 3, 15), haga oración propiamente dicha? Así nos enseñaba que no hemos de tener pereza en esto, sino presentar nuestras oraciones no de pie en las plazas (como hacían algunos judíos, los escribas y fariseos, encontrando motivo de enorgullecimiento), sino más bien solos, en silencio y en vida retirada, hablando a solas con Dios solo, con alma pura y sin distracciones. Convenía que de todas las cosas buenas y útiles no tuviéramos otro principio y maestro distinto del que es primero en todo y que recibe las súplicas de todos (Coment. Ev. de Lucas, cap. II: PG 72, 685).

"Y les dijo: si uno de vosotros tiene un amigo..." (Lc 11, 5).

7. Es admirable el orden de las sentencias: primero el Salvador enseña a los discípulos que le preguntan el modo como hay que orar; una vez recibida tan venerable y saludable enseñanza, convenía que presentaran las peticiones según el modelo aprendido, pero sin cansancio y sin pereza y que no cesaran de suplicar, aunque no obtuvieran ningún resultado tras pedir una o dos veces. Para que esto no nos ocurra ni suframos el daño del desánimo nos muestra en forma de parábola que el cansancio es muy perjudicial para la oración, mientras que la perseverancia en ella es muy útil. Apliquemos la parábola a la realidad. Sé importuno en la oración, acércate al bondadoso Dios con mucha frecuencia y, si ves que se retrasa en concederte el don, no desconfíes de conseguir lo que deseas ni pierdas la esperanza que abrigas ni vayas a pensar neciamente: "He acudido muchas veces, he llorado, he suplicado y sin embargo no he sido escuchado, pues no he obtenido lo que había pedido". Piensa más bien lo siguiente: Mejor que nosotros mismos ve nuestras cosas el que gobierna todo; tú pides lo que sobrepasa tus límites, mientras que el Dador conoce cuál es el tiempo oportuno de otorgar los favores. Por tanto debemos dirigir a Dios nuestras súplicas con prudencia y constancia, aunque repitamos las oraciones. Pues suele ocurrir que no se aprecia lo que se consigue fácilmente y sin esfuerzo propio. (...)

8. Cuando dice *"buscad"* (Lc 11, 9), se refiere a que hay que esforzarse. Pues casi siempre con esfuerzo se encuentra lo que se busca. El que llama, golpea la puerta con la mano para que el dueño de la casa abra, aunque sea en contra de su voluntad, por no aguantar las molestias de los golpes. De esto que sucede entre nosotros aprende lección tan útil: Llama, molesta, suplica; así tienen que ser los que suplican a Dios. Hay que orar con prudencia y con fuerza. Y si hay retraso en el resultado, no adormecerse ni desistir. En efecto, escribe el sabio Pablo: *"Orad sin interrupción"* (1 Tes. 5, 17), pues el diablo tienta sin medida, metiéndose en las circunstancias más imprevistas para empujarnos a